

su obscuridad, como por la parte por donde intentaron asombrarlo, que casi era imposible el subir á ella, siendo su fin no ser conocidos, y que aprehendiera diabólica ilusion, lo perturbaron, ó quisieron que se perturbára. Pero conociéndolos el Siervo de Dios, los fué nombrando por sus propios nombres, advirtiéndoles, que por la mañana lo habia de saber su Señor; y hallándose confusos por verse conocidos (cosa que en lo natural era imposible), y conociendo lo mal que hacian en perseguir á un hombre justo, pidiéndole perdon, propusieron de no volver á inquietarlo, lo qual con facilidad consiguieron; porque el bueno no hace mal á nadie, pues solo busca, y solicita la enmienda de los malos.

Aumentábanse con la edad los deseos de mayor perfeccion, que comunicaba con su padrino D. Gerónimo, de quien tenia entera satisfaccion, y sabia el cariño con que siempre le habia mirado; y como este conocía que su ánimo era dexar totalmente el mundo (aunque tenia poca parte de él, pues solo á la Iglesia, y á su recogimiento era la porcion que de él tomaba), no obstante le parecia que tenia mucho mundo. Habló el dicho D. Gerónimo con el Reverendísimo Padre Provincial del Orden de los Ermitaños, para que le concediese licencia para tomar el Hábito un ahijado suyo, que la concedió con mucha urbanidad, y galantería. Dióle parte á nuestro virtuoso Mancebo de lo que habia tratado con dicho Padre; y que si queria, luego al punto tomaria el Hábito en el Convento de Santa María de la Cerca en la Ciudad de Compostela. A que respondió, dándole muchos agradecimientos por el oficio de padre, que siempre en él habia experimentado, pero que su inclinacion lo llamaba á mayor retiro, y así quisiera tomar el Hábito en la Cartuja; y quando esto no pudiera lograrse, en la Religion de Santo Domingo, cuyo Instituto era predicar, y enseñar para traer almas á Dios. Oyóle con gusto su padrino, y pareciéndole que era mas á propósito para su genio la Religion de los Predicadores, le dió palabra de hacer toda diligencia para que entrara en ella.

Quedó con esta palabra contento, pidiéndole á Dios que hiciera en él su santa voluntad. Llegado el año de 660, vino el M. R. P. Fr. Domingo Sobrino, Provincial de la Provincia de Castilla del Sagrado Orden de Predicadores, á visitar el Convento que tenemos en la Ciudad de Betanzos; y habiéndole cumplimentado (ya por paysano, ya por sus muchas prendas de literatura, y pú-

pito, y ya por el alto ministerio que su Religion le habia dado) toda la nobleza, hizo viage D. Gerónimo; y dándole el parabien de su venida, le pidió por último recibiese á su ahijado al Hábito, refiriéndole sus inclinaciones, y habilidad, á que condescendió de buena gana, así por el informe, como por quien lo pedia, y quiso que desde luego lo traxesen para verlo, y exáminar, si decia el hecho con el informe. Vino nuestro Pedro, y exáminado por el Padre Maestro Provincial, halló ser corta la informacion, respecto de la modestia, buenos deseos, y suficiencia que habia experimentado en el exámen que hizo, y así le aconsejó que tomase el Hábito en el Religiosísimo Convento de S. Esteban de Salamanca. Fué este uno de los mejores dias que tuvo nuestro dichoso Mancebo, porque en él hizo cuenta que se acababa el mundo para él: que se apartaba de sí mismo, no siendo ya mas suyo, sino de los Prelados; y que se retiraba de parientes, y patria: con que tenia mas derecho á buscar la propia, como dice S. Pablo, pues es infelice el que hallado bien en el destierro, no solicita la Ciudad de la paz, para que fuimos criados.

Hecha toda la prevencion necesaria de hábitos, y ropa, y teniendo que pasar á la Corte D. Gerónimo; que no hay madre mas cariñosa que la Divina Providencia (¡ó si siempre fuera en Dios nuestro cuidado, qué pocos cuidados tuviéramos de las cosas necesarias! pues á manos llenas experimentaríamos los divinos favores (a); y no nos faltara, siendo de mejor calidad, lo que á las avechitas no falta), dispuso el Cielo, que este Caballero fuese su padrino para entrar por las puertas de la Iglesia; y dispone ahora, que sea él mismo quien lo introduzca por las de la Religion? ¿Quién no admira esta tan amable asistencia? ¿Y quién no se sujeta á este dulce cautiverio, en que consiste nuestra feliz libertad? Dispuso su viage D. Gerónimo, y nuestro Pedro, que habia de ir con él, el suyo. Tenia diez y ocho años no cumplidos quando salió de su tierra para tomar el Hábito; y despidiéndose de los suyos, tomó la bendicion de su madre de rodillas; y habiendo allí concurrido amigos, y parientes, hecho Predicador, les dixo de esta suerte: Yo voy á buscar á Dios, que aunque es verdad que en todas partes está su Magestad, y en todos estados hay camino para el Cielo, como las criaturas se arreglen á cumplir con las obligacio-

B 3 nes

(a) Matth. cap. 6.

nes de su estado, no obstante, siempre han sido las Religiones el mas seguro Puerto. Buena prueba tenemos de esto en las Historias; pues han dado los Claustros mas Santos á la Iglesia, que tiene el Firmamento en número sinnúmero de estrellas. Es camino seguro, pues tiene obligación el Religioso de caminar á la perfeccion; y como aun el mas tibio vé caminar á tantos, aunque se pare algun tiempo, se vé de necesidad compelido á andar tambien. No dudo que será sensible mi ida, pero será á el amor de la carne, y sangre: si de este nos desnudamos, deben todos darme el parabien, y recíprocamente consolarse; porque nunca estamos mas juntos, y unidos, que quando mas nos llegamos á nuestro último fin, y sumo bien. Ya no nos volveremos á ver en este valle de miserias, hasta que en otro valle nos juntemos. Parece fué sin duda profecía, pues nunca mas volvió á su tierra, ni le vieron humanos ojos pisar otra vez aquel País. A todos se les arrasaron los ojos, derramando muchas lágrimas, porque era de todos el espejo; menos á nuestro Venerable Niño, que vestido de fortaleza, supo vencer los afectos de la carne; y así, despedido de los suyos, hizo con su Padrino su viage.

Aquel dia que salió, confesó, y comulgó con muchos afectos, y sentimientos en su alma: iba contentísimo el dicho D. Gerónimo; pues como certificó despues, le había parecido que caminaba con un Angel, pues en todo el camino eran las pláticas de Dios, explicando siempre los intensísimos deseos que tenia de verse ya con el Hábito, que dió la misma Reyna del Cielo al gloriosísimo Patriarca Santo Domingo, que quiso, como Madre, esta gran Señora vestirnos de su mano. Llegaron á la Corte, y el buen Caballero, anteponiendo las ansias de su ahijado á sus propias dependencias, pasó con él á Salamanca, en donde fue muy bien recibido de aquella Santa Comunidad, por las buenas noticias que ya tenían del Reverendo Padre Provincial. Examináronlo, y aprobado, le dieron el Hábito el año de 1660. quedando con sumo contento de verse ya hijo de María Santísima, y de su Padre, y nuestro Santo Domingo. Despidióse de todos los Padres nuestro D. Gerónimo, y de su amado ahijado, volviéndose á sus dependencias á la Corte.

Ya tenemos en su centro á nuestro buen Novicio; y si todas las cosas naturalmente lo apetecen, y en él descansan, debemos de aquí adelante considerarlo descansado en multiplicadas mortificaciones, penitencias, trabajos, y oracion; porque este es el centro,

y

y descanso de quien ama. Abrazó la vida religiosa tan de voluntad, que no parecía en ella Novicio, sino Religioso antiguo de muchos años; pero no era esto mucho, porque desde que tuvo uso de razon, vivió, como si lo fuera, en ejercicios santos, y un total recogimiento; y *ab assuetis non fit passio*, dice la Filosofia. Lo primero que hizo, fué salir de los suyos, no solo en el cuerpo, sino en el alma; porque renunció para ser verdadero discípulo de Christo, los afectos de madre, hermanos, amigos, y parientes. Y así certifican estos, que dos, ó tres veces esoribió, y eso desde Indias, adonde pasó, como veremos despues; pero mientras vivió en su Convento de S. Esteban, solo una vez escribió á su Padrino, y nunca pidió nada, porque amó siempre la pobreza, y siempre vivió pobre, y contentísimo, quando veía que le faltaban aquellas cosas precisas, y necesarias, como hábito, capa, y vestido interior; pues entonces decia, que ejercitaba á la letra lo que habia prometido, ó habia de prometer. Mientras duró el año del Noviciado, dió muy buen exemplo á sus Connovicios; pues era de suyo alegre, sencillo, y muy docil, y así nunca fué molesto, y mas juntándose á esto la paciencia que siempre tuvo en tolerar las cosas adversas. Aprendió luego, y con facilidad lo que la Religion enseña en aquel año; y cumplido este, habiendo precedido á los diez meses otro exámen, así de la Gramática, Doctrina Christiana, y de las obligaciones á que se ha de obligar despues de la Profesion, la hizo con gran contentamiento suyo, y de todo el Convento, por la modestia, y buen exemplo que habian experimentado aquel año en el Novicio.

Estando ya profeso, empezó sus estudios; y así en las Artes, como en la Sagrada Teología aprovechó mucho, porque de suyo era habil, y grande su recogimiento. Nunca se hallaba fuera de la Celda, sino era para ir á la Clase, ó al Coro, de que nunca faltaba (aunque le dieron por su habilidad un género de dispensacion, que en aquel Religiosísimo Convento suele darse á algunos que aprovechan), y á todos los actos de Comunidad, gastando el demas tiempo en el retiro de su Celda, así en el estudio, como en la oracion, á que fué inclinado desde niño, y en ella perseveró todo el tiempo de su vida. Habiendo acabado sus estudios, se ordenó de Sacerdote, habiéndose prevenido con diez dias de ejercicios, que la Religion dispone, no solo antes del Sacerdocio, sino tambien para la recepcion del Subdiaconado, y Diaconado. Aquí

fué donde se dió un buen pasto; porque introducido en la estancia de los vinos preciosos del Amado, se hallaba embriagado con la suavidad, y dulzura, así de la Eucaristía, que en aquellos dias le dá licencia la Religión para que continúen este Divino manjar, como con la continuacion de la oracion (fragua propiamente donde se consume el orin de los yerros de nuestra fragil naturaleza). Dispuesto así, recibió aquel sagrado Orden, aunque con grandes temores, por conocer la alteza de la dignidad Sacerdotal, y la pureza que ha menester la criatura que á ella llega. O si consideráramos el ministerio en que Dios nos ha puesto, con cuánto temor, y miedo llegáramos (a) al Altar! Lo cierto es, que la falta de consideracion en muchos les hace el no creer en la virtud, aumentándose en la perfeccion, multiplicar mas, y mas el temor de la cuenta, y no salir del Altar encendidos en vivas llamas, para que á su fuego ardiera el mundo (b), que es lo que Christo nuestro Salvador dixo de sí, y lo que quiere en sus Ministros.

Siendo ya Sacerdote se aplicó con mas veras á la leccion de la sagrada Escritura, en que salió versadísimo, como veremos en adelante, y en particular á los Morales del señor S. Gregorio, que parece le habia bebido el espíritu á este gran Padre de la Iglesia. Expúsose de Confesor, para empezar en el Púlpito, y Confesonario á tender la red de la espiritual pesquería, que es nuestro propio Instituto, y fue de nuestro Venerable Padre el exercicio principal, en que gastó su dichosa vida, y bien gastada, por los abundantes lances que logró, trayéndole á Dios muchas almas, que sacó de las salobres aguas de los vicios, á las dulces, y sazoadas fuentes de nuestro Salvador. Todo ocupado en el bien de sus próximos, olvidado todo de sí mismo, era mucha la pobreza en que vivia; porque aunque es verdad que su Convento, siempre Religiosísimo, y Madre cuidadosa de sus hijos, les socorre de todo lo necesario para su alimento, y vestido, queria su caridad andar hambriento, y desnudo, porque los pobres de Christo anduvieran sustentados: con que la parte que le tocaba, era comun para el primero que hallaba con necesidad; sino es que diga que era el todo, quedándose sin parte nuestro Venerable Padre. De aquí es que en una ocasion se vió tan falto de Hábito, que estaba el que trahia, no solo remendado, sino por viejo ya in-

(a) Jerem. cap. 12. (b) Luc. cap. 12.

decénte. Por qué camino supo esto D. Gerónimo Gayoso, su padrino, que á la sazón se hallaba en esta Ciudad de Sevilla, no he podido averiguarlo. Hallábase, como he dicho, en Sevilla en compañía de su primo D. Joseph Pardo y Figueroa, Asistente que fué de esta Ciudad; y cuidadoso solicitaba modo para remitirle un corte de Hábito, para que remediara su indecencia. En este tiempo supo que habia venido un Religioso del mismo Convento de S. Esteban, y valiéndose de esta ocasion, vino á ver al Religioso, para encargarle se sirviera de llevarle un Hábito á nuestro Venerable Padre, y pobre Religioso; y haciéndole la súplica, le respondió este: Señor, estimo de su parte la caridad, y buen afecto que vuestra merced tiene al Padre Fr. Pedro su ahijado; pero en la ocasion presente ya no ha menester Hábito, porque saliendo de la Celda el otro dia á funcion de Comunidad, dexándola con llave cerrada, quando volvió á ella, halló encima de su pobre cama un Hábito nuevo, sin saber quién allí lo habia puesto; y solo se puede discurrir en este lance, que como todos los cuidados de este Padre son en orden á remediar á los pobres, con especial providencia acude á sus faltas, y trabajos el Cielo. Este caso refiere hoy D. Pedro Gayoso y Praga, que lo oyó de boca de su padre D. Gerónimo Gayoso muchas veces.

Deseoso su hermano Juan Lopez Manzanas y Ulloa de ver á su hermano, nuestro Venerable Padre, y con el título de cumplir una promesa que habia hecho á Guadalupe, en compañía de Pedro Diaz, y Lorenzo Gonzalez, todos vecinos de la dicha Feligresía de Santa María de Oys, pasaron á Salamanca para ver al Siervo de Dios, por el mucho amor que le tenían. No llevó muy bien esta visita, porque le pareció que le habían de estorbar el tiempo que era mas justo gastar en sus continuados exercicios: no obstante le fué preciso aquel dia llevarlos á la Celda, y agasajarlos lo mejor que pudo. Todos tres repararon en la suma pobreza que allí habia; pues todas las alhajas de la Celda se reducian á una Imagen de Christo Crucificado, una mesa bien tosca, dos sillas viejas, y unos papeles; advirtiéndole que el suelo estaba bien manchado, aunque con cuidado limpio, pero que se reconocia que eran de sangre las manchas. Fuéronse los dos á la posada, y aquella noche se quedó en la Celda su hermano: habiendo ido al Coro el devoto Padre, tuvo lugar de registrar un rincon, donde halló unas disciplinas muy ensangrentadas, y diferentes cilicios, que

que sin duda eran para renovar con la diferencia de ellos el dolor, poniéndolos en diversas partes de su cuerpo. Por la mañana se despidió de su hermano, el qual nunca mas le vió.

Hallábase bien exercitado nuestro Venerable Padre, así en las asistencias al Coro, al Confesonario, y al Púlpito; pero como el fuego no puede sosegar, si no llega á su centro, y el centro de los que aman á Dios es el mismo Dios, que es amoroso fuego, y el modo de unirse á este volcan divino sea imitando á Jesu-Christo, que vino á poner fuego al mundo, deseando que ardiera (a), esto es, que se calentáran los humanos corazones, para que aspiráran al centro; así nuestro Venerable Padre, pareciéndole que estaba ocioso, y que no cumplia con su Instituto, trató de poner fuego á otro mundo: pareciéndole corto este en que estaba, determinó pasar á Indias, sabiendo que allí hay en muchas partes falta de Ministros, y que suele ser grande la cosecha, y que se pierde por falta de Operarios muchas veces; y así, obtenida de los Superiores licencia, y despidiéndose de su amado Convento, con mucho sentimiento de los Religiosos, porque amaban en él su buen natural, su virtud, la puntualidad á quanto le tocaba, y su retiro; no obstante fué preciso ceder á la vocacion que le llamaba la buena compañía de su hermano. Salió de Salamanca á la apostólica con quanto poseía, que era Dios; pues es su Magestad la posesion de los que por su amor dexan el mundo, y quanto estima este, no solo en lo fisico, y real, sino tambien en el afecto, que es lo mas, como hicieron los Apóstoles sagrados, y á su exemplo otros muchos. Trahia para la prevencion de su dilatado viage el Breviario, unos papeles que habia trabajado, y una túnica de lana. ¡Qué buenos pasos eran estos para ser de María Santísima Predicador en su Sagrado Rosario! Pues meditando los Misterios de la infancia de nuestro dulce Dueño Jesus, hallarémos de esta Señora los viages aun con mas pobreza; y quando así camina la que es Reyna, razon es que sus Siervos la imiten, siendo, como son, tan inferiores.

Llegó nuestro Venerable Padre á este Real Convento de San Pablo de esta Ciudad de Sevilla, en donde estuvo algunos dias, llevándose de todos las atenciones por su modestia, y compostura. Y avisándole de que podia pasar á los Puertos, porque se apresentaba ya la Armada, tomó la bendicion del Preledo, y se fué á

(a) Luc. cap. 12.

Cadiz, donde se embarcó para la Nueva-España, donde en diversas partes de esta, del Perú, de Tierra-Firme, Angola, Cabo-Verde, y hasta el Estrecho de Magallanes, hizo con su predicacion admirables efectos, convirtiendo á muchos, y mejorando en vida, y costumbres á muchísimos. Es lástima que hasta aquí son pocas las noticias que se han podido adquirir, así por la distancia, como por el silencio de nuestro Venerable Padre; pues aunque muchas veces fué preguntado, fué rarísima la vez que dixo algo, y eso tan confuso, que de ello no podia hacerse juicio determinado. No obstante, pondremos algo de lo que se ha podido averiguar con la mayor certeza posible.

Habiendo llegado á un Puerto del Perú, una noche soñó (y sin duda podemos entender que fué piadoso aviso del Cielo, que muchas veces en sueños ha revelado misterios soberanos á los hombres; y quando despues por los efectos se conoce la utilidad para las criaturas, no debe dudarse que tales sueños descenden del Padre de las luces, pues es su voluntad el que se salven las criaturas todas): Soñó, pues, que para morir sacaban unos hombres de la Iglesia: señal clara de su eterna condenacion; porque fuera de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Romana no hay salvacion. Despertó asustado, y luego por la mañana preguntó si habia en aquel Puerto algunos infieles. Y supo que estaban en la carcel presos, y condenados á muerte unos quince Piratas Hereges, por sus grandes delitos. Concibió el Siervo de Dios, que habia sido aquel sueño aviso de arriba, y que aquellos eran los que fuera de la Iglesia morian, y se perdian para siempre. Y alentado con el número, que es misterioso significado de los quince Misterios, que en el Sagrado Rosario de María se meditan, y con la confianza de saber que es el Rosario (como dixo el Beato Alano) llave-Real de la Piedad Divina, se fué á la carcel á solicitar el remedio de aquellas almas perdidas por entonces. Halló al principio grandes dificultades; pero no lo vencieron, porque sabia que es gusto de Dios el que á su Magestad pidamos con perseverancia, quando sabemos que lo que le pedimos es conforme á su santa voluntad. Eran Hereges pertinaces: todos lo son, que á no tener pertinacia, con facilidad salieran de sus errores. No sabian hablar la lengua Española, ni la entendian: solo uno sabia la Latina, y ese estaba malo, y de mucho peligro. El Gobernador no daba lugar á esperas; porque la Justicia tiene sus términos, y estos cumplidos, que-

queria que se executase el castigo. Todo este tropel de embarazos habia, y casi todos, al parecer, imposibles de vencer; pero la paciencia, la caridad, y la confianza que nuestro buen Padre tenia en la que es Madre de misericordia, le hicieron vencer estos imposibles. Recurrió al Santo Tribunal de la Inquisicion, para que interpusa su autoridad con el Juez, dilatase por algunos dias el castigo, por ver si se podia lograr de aquellas almas la eterna salvacion. Hizolo así el Juez, y aquí empezó nuestro Venerable Padre con su ministerio. Hizo lo primero con el Médico, que no omitiese medicina alguna para darle algun valor, y fuerza al recumbente. Visitábale con mucho amor, y caridad: íbale declarando con su suavidad, y dulzura el riesgo en que estaba de perder á un tiempo vida, y alma, así él como sus compañeros. Acudia en su oracion á la Reyna de los Angeles, para que le alcanzára fuerzas al enfermo, y á él espíritu, y vivas palabras para poder reducir á este, y por este á los demas, al gremio de nuestra Católica, y Christiana Religion. ¡O bondad de nuestro Dios, y piedad de nuestra Madre, y Señora! El enfermo se recobró de fuerzas: el Siervo de Dios tuvo tal eficacia en persuadirle la verdad, que lo reduxo á la verdadera Religion, y este empezó á hacerse Predicador de los demas, haciendo el oficio de fiel Intérprete á las razones que este Venerable Padre le dictaba; y así con el divino favor abrazaron todos quince la Religion Católica, reconciliándolos con la Iglesia Romana. Ibase cumpliendo el plazo para el dia del suplicio, en que no pudo dispensar el Juez, por ser enormes sus delitos; y aunque el Siervo de Dios estaba consolado de verlos reconciliados con la Iglesia, y bien dispuestos para morir, no obstante sentia que este que habia sido el arcadúz de donde á los otros les habia venido el agua de los divinos favores, muriera tambien muerte afrentosa. ¡O inmenso amor de nuestro Dios! Así supiéramos nosotros cumplir con hacer de nuestro Dios el querer, como sabe su Magestad condescender á nuestros ruegos. El dia antes del suplicio, siendo así que estaba ya mucho mejor, se le agravó la enfermedad, y en aquel mismo dia murió, librándose de la afrentosa muerte, y consiguiendo él, y sus compañeros, como se puede creer piadosamente, salir de este mundo en estado de salvacion.

Navegaba por Angola nuestro Predicador Apostólico, y supo en el viage, quando llegó al primer Puerto, que quarenta leguas mas adelante habia un Régulo, ó pequeño Rey, Negro, pero Chris-

Christiano; y el mismo Rey supo por aviso, que habia llegado á aquel Puerto un Sacerdote. Envióle un Navío, suplicándole que se sirviera de pasar á su Corte, porque habia quarenta años que no se confesaba por falta de Ministro. Vamos allá, dixo luego al punta; mas el Capitan del Navío en que habia hecho su viage, le representó grandes dificultades, proponiéndole, que era el clima noivo, la gente del País bárbara, y que se exponia á gran riesgo de la vida; pero todas estas cosas, y aunque fueran de menor entidad, fueran para el perezoso muy grandes, de quien dice el Espíritu Santo, que aprehendiendo que ha de hallar en el camino un León, no sale de su casa. No así nuestro Venerable Padre; pues á todas estas dificultades respondió, que por ganarle un alma á Dios, perdería mil vidas que tuviera. Embarcóse, y habiendo llegado á la presencia del Rey, fué muy bien recibido, y con muchas muestras de alegría. Sabia el Rey la Lengua Portuguesa, y hablaba algo en Español, porque se habia criado en la India de Portugal. Habia en su Reyno solos tres Christianos, que eran el Rey, su muger, y un hijo suyo. Todos los demas eran sequaces de la perversa secta de Mahoma. Confesólos, y los consoló con grandísimo cariño, amonestándolos en la perseverancia de la Divina Ley. Agradecido el Rey al buen Padre, y deseoso de mostrarlo en las obras, le dió muchos presentes de cosas que en aquel País eran de la mayor estimacion; pero el Santo Varon nada quiso tomar, porque los que son de Dios verdaderos Ministros, se visten de los mismos deseos de Dios: *Da mihi animas, cetera tolle tibi.* Buscan las almas para Dios, y todo lo demas lo desprecian: estas buscan, que es lo que decía S. Pablo, y no hacen caso de las cosas que poseen: *Non quero vestra, sed vos.*

Admiráronse todos aquellos Palaciegos, viendo despreciar lo que ellos tanto estimaban, y llegaron á persuadirse, que no era hombre de la tierra quien no hacia caso de lo que la tierra apreciaba; y así le dixerón al Rey, que le preguntara si era amigo de su Profeta Mahoma, y que si este lo enviaba para el consuelo de aquel Reyno. Sonrióse el Rey, y díxole al Siervo de Dios lo que decian sus vasallos; y este le pidió licencia para predicarles, y ver si podia sacarlos de la ceguedad en que vivian. A que temeroso el Rey, respondió que no se atrevia: lo uno, porque no se levantasen contra él; y lo otro, porque su persona no corriera riesgo. No temas, le dixo nuestro Venerable Padre, que

no sucederá nada de lo que imaginas. Hoy he de ir á predicarles, y tu mismo hijo me ha de acompañar; y él, y yo volveremos sin ningún daño á tu presencia. Creyó el Rey las palabras del Padre; y habiendo juntado al Pueblo, les empezó á declarar el engaño en que vivian, por medio de un Intérprete, y probándoles con los disparates de su Alcorán, que de verdad no merece otro término; y es lástima grande, que tanta multitud viva así engañada. Pero esto no es mucho, quando sabemos que dentro de Roma solamente adoraban treinta mil Dioses; y esta infelicidad nace de no tener con la lumbre de la Fé el entendimiento elevado. Demos gracias á nuestro Dios, y Señor, que por quien es, nos hizo este beneficio, que ademas de ser imposible agradar á Dios sin Fé (a), ella nos hace mantenernos en juicio, y razon, para no tener por verdad del Alcorán las mentiras, y por Dioses hasta las cebollas, y ajos. Probándoles, como digo, de aquellas falsedades la falsedad de su mentiroso Profeta, y que era un hombre, que estaba condenado con indecibles penas para siempre, por el daño que habia hecho, y estaba haciendo á tantos. Ellos, instigados del demonio, valiéndose de sus hechizos, que de esto abunda aquella miserable gente, le representaron á la vista dragones fierísimos, y otros géneros de animales ponzoñosos para que tuviese miedo, y huyendo los dexase; pero quien tiene á Dios consigo, y á su Madre por amor, nada puede temer, pues aun poderosos Exércitos no llegaban á alterar de David el corazon (b), porque lo tenia en Dios puesto. *Ave María*, dixo el Siervo de Dios muy sosegado, y al instante que pronunció estas salvíficas palabras, se deshizo toda aquella máquina diabólica. No puede faltar María Santísima á lo que ha prometido, porque así lo publica la experiencia; y así se lo dixo al Beato Alano, que al oír el demonio su nombre Santo de *María*, huía vergonzoso, y toda tristeza, y miedo se ahuyentaba; y cumplió en esta ocasion como en todas su palabra. Quedaron aquellos bárbaros corridos, pero no convertidos, porque no merecian sus pecados tanto bien. No pudo nuestro Venerable Padre quedarse en aquella tierra, porque salió destinado para otras, y la embarcacion en que llegó á aquel primer Puerto, no podia esperar el tiempo que quisiera nuestro Siervo de Dios; y así, mortificado de ver que se quedaban en su ceguedad, despidiéndose

(a) Paul. ad Hebr. cap. 11. vers. 63. (b) Psalm. 26.

diéndose del Rey cortesmente, se hubo de hacer á la vela para el Puerto donde llegó primero.

Halló allí el Navío en que primero habia venido; y á pocos dias de llegado se embarcó en él. Hacia este viage para unas Islas muy remotas, cuyos nombres hasta aquí no se han podido averiguar, ni aun por una carta que el Venerable Padre escribió á su madre, y hermano el año pasado de 1668, que de propósito hubo de callar el parage donde se hallaba, quizá para no tener respuesta, y quitar con esto el que le respondieran, y escribieran otras cartas amigos, y parientes, que no sirven mas que de gastar el tiempo; y fuera lástima estorbar á quien tan bien lo gastaba como el Siervo de Dios. Hízose el Navío á la vela, y á pocas horas de haberse apartado del Puerto, se levantó una tormenta tal, que puso en cuidado á los que regian, y gobernaban el Navío; pero aumentóse mas el miedo, quando vieron que venia sobre la embarcacion una manga, que llaman, que si quebraba en el Navío, lo habia de hacer zozobrar. No podian por la furia del viento, y golpes del agua gobernar el timon; y viéndose perdidos totalmente, recurrieron á nuestro Venerable Padre, que en opinion de quantos venian en la Nave, era tenido por un hombre justo, y Santo; el qual con grandísima confianza en Dios, y en su bendita Madre, que era siempre el asylo en sus riesgos, dixo, mirando ácia la parte donde se temia el mayor riesgo: *Ave María*; y en aquel punto, dividiéndose las aguas, pasó libre la embarcacion, y se sosegó la tormenta. Es estrella del Mar esta Señora, y si consultas al Gran Padre S. Bernardo (a), verás que los mayores riesgos son bonanza, como pongan los ojos en *María*. En este mismo viage padecieron otra tormenta deshecha; y no pudiendo por la fuerza de las olas, gobernar el timon como convenia, se puso á él nuestro Venerable Padre, y lo que no podian muchos, lo movia solo ácia la parte que era conveniente. Discurriera yo en este caso, que como era el Siervo de Dios tan parco en el comer, y tan gran ayunador, le sobaban las fuerzas; porque lo cierto es, que la parsimonia las aumenta, y la glotonería las minora. Nunca mas valiente Moisés (b), que despues de un continuado ayuno de quarenta dias. Llegaron al Puerto, en donde desembarcado nuestro Apostólico Varon, despidiéndose de todos los que lo habian traído, dió gracias

(a) D. Bernad. hom. 2. super *Missus est*, circa fin. (b) Exod. cap. 31.

cias á Dios, á quien pidió por medio de su Madre Santísima, le diera facilidad en aprender la lengua de aquel País, que, según dixo él mismo en una ocasión, era bien dificultosa; pues para decir Dios sea con vosotros, se pronunciaba, y escribía con caracteres dificultosísimos, así en lo escrito, como en lo pronunciado, por el gran trabajo que costaba. Y parece claramente, que fué oída su súplica; porque perseverando allí algunos meses, les predicó, y habló en propia lengua con mucho fruto de sus habitantes, que muchos recibieron la Ley Evangélica, y la devoción del Santísimo Rosario, á que con muchos exemplos los dexó aficionados; y aun con instancias le pedían se quedara con ellos por el mucho amor que le habían tomado, pero fué preciso el dexarlos, y no condescender á sus ruegos, porque lo llamaba Dios para otras partes; y así, buscando embarcacion, salió de aquella tierra.

Por los años de 1669 llegó á Goatemala, tan cansado, y tan estropeado de los trabajos que habia padecido en tan largos, y penosos caminos, que á la verdad parece imposible que en tan poco tiempo pudiera haber salido de España, pasado á Indias, navegado por tan remotos parages, y hecho tantas conversiones. Pero como los Apostólicos Varones son luz, é imitan del Sol el veloz curso, y vuelan en alas del Amor Divino; este les hace ser posible, y aun fácil lo que á los ojos de la humana prudencia es imposible. Llegó, pues, al Convento de la Orden tan indispuerto, que fué preciso llevarlo desde luego á la enfermería. Visitóle el Médico, y conoció ser la enfermedad de cuidado. Iba aplicando remedios, pero no habia remedio para que obedeciese á la medicina lo malicioso del humor; y así, reconociendo el evidente peligro en que estaba el enfermo, ordenó que le diesen los Sacramentos: diligencia en que habia de haber mas cuidado, particularmente en los Seculares, en cosa que tanto importa, y es tan necesaria para la vida eterna; y suelen muchos enfermos, ó irse sin Sacramentos, ó recibirlos quando ya no saben lo que reciben, por no alborotar, dicen, la casa, y la vecindad: imprudente motivo, y poco christiano; porque en estos Santos Sacramentos nos dexó nuestro Soberano Redentor la vida del alma, y muchas veces cobramos con ellos la del cuerpo. Recibiólos nuestro Venerable Padre con mucha devoción, y afectos interiores de su alma. Aumentábase la enfermedad con lo pernicioso del humor; y dixo el Médico á los Religiosos, que tuvieran mu-

cho

cho cuidado aquella noche con él, porque según los accidentes, le parecia imposible que amaneciera vivo.

Habia en la Celda donde estaba nuestro enfermo un quadro de Santa Rosa de Santa María, y poniendo los ojos en la Imagen el enfermo moribundo, se encomendó allá en su interior, como después lo dixo, pidiéndole á Dios por medio de la Santa, que si era su voluntad, le diera vida para servirle, y predicar las excelencias de su Madre Santísima en la devoción de su Santo Rosario, afianzando su petición con el ofrecimiento de una Misa, que diría en honor de la Santa. Caso singular! Pasó toda aquella noche casi agonizando; y allá cerca de amanecer le dió un accidente, en que todos entendieron acababa el curso de su vida. Este se terminó con arrojar gran cantidad de sangre por la boca, podrida totalmente, quedando en aquel mismo instante con entera salud, tanto, que vistiéndose, se fué á cumplir su promesa. Vinó el Médico, y entró preguntando si habia muerto el enfermo. No solo no ha muerto, le respondieron, sino que bueno, y sano está diciendo Misa. Admiróse, y protestó ser en la naturaleza imposible tan repentina mudanza, confesando ser evidente milagro del que es dueño de la naturaleza, y quiere honrar á sus Santos con semejantes maravillas. Tuviera por conocida ingratitud (ó Santa mia) si parara aquí mi pluma, sin que ella, y mi corazón no confesáran deberos (mediante la voluntad de Dios) la vida de que gozo; pues habiendo estado diez dias de todos mis sentidos enagenado, conservé en todos ellos una Imagen vuestra en una mano, sin que pudiera fuerza humana quitarla, ni bastara lo grave de la enfermedad á daros, en la petición que antes hice, de mano. Merezca siempre vuestra intercesion, aunque indigno por no saber imitaros, siquiera por publicar agradecido vuestros favores, que en mí serán perpetuos el tiempo de mi vida.

Perfectamente sanó del accidente referido: empezó en aquel Convento á practicar los exercicios en que habia gastado hasta allí desde su niñez la vida. No se veía sino en el Coro, en el Confesonario, y en el retiro de su Celda. A pocos dias conocieron su habilidad, y le obligó el Prelado á que leyera Artes, que si no fuera por la obediencia, nunca lo hubiera conseguido, porque huyó siempre su humildad de todo lo que era crédito, y estimacion de su persona. Puso todo su cuidado en sacar buenos Religiosos á sus discípulos; y sin duda este es el camino de sacar los es-

C

tu-